

CORREO DE XEREZ,

DEL DOMINGO 7 DE SEPTIEMBRE

DE 1800.



*Carta respuesta á la inserta en el
Núm. anterior.*

SEÑOR APLICADO.

Los tristes y fatales términos de las muchas enfermedades, que con fiebres se han presentado en la Ciudad de Cadiz, cuyas señales por su desconformidad no han podido dirigir una cierta indicacion, ni la ciencia y prudencia de tanto sábio profesor ha podido atinar con el remedio verdadero, es la causa de asignarles el título de calenturas epidémicas malignas.

Muchos Médicos modernos asienten á la malignidad de tales calenturas haciéndolas un primer grado de la peste. De modo, que la fiebre maligna epidémica, fie-

bre pestilente, y la peste misma son una especie pésima contra la naturaleza, que difieren entre sí en su mas ó ménos actividad, y en la universidad de la causa que las produce. Yo consiento, que las calenturas malignas epidémicas, las contagia por lo comun solamente el mismo enfermo ó sus hálitos preternaturales que despide, y que la peste tiene mas ancho su dominio, no es menester precisamente el contacto de los enfermos, por el que se introduzca la causa morbosa, basta lo inspiracion del ambiente, las mas veces, ó la bebida y comida de los manjares corrompidos.

Ha sido muy grande la variedad que ha habido entre los Médicos acerca de las causas de las epidemias, porque muchos de los antiguos, que han comentado á los Arabes, dixeron, que la causa de la malignidad epidémica consistia en la putrefaccion de los humores; mas estos autores confundieron la causa con el efecto, porque la putrefaccion de los humores no es causa de las calenturas, sino efecto de ellas: y aunque sea verdad que en algunas epidemias se observa una putrefaccion muy grande, es porque la causa de semejantes calenturas produce en los humores mayor disgregacion que en otras, y por su

eficacia los corrompe con mayor fuerza. Algunos modernos teniendo por insubsistente la opinion de los antiguos que acabo de proponer, echaron por otro camino y dixeron, que las causas de las calenturas epidémicas podian reducirse á dos; es á saber: á la coagulacion, ó disolucion de los humores; mas en esto se engañaron como los pasados, porque asimismo como ellos tomaron el efecto por la causa. Es verdad, que en las calenturas epidémicas á veces se coagulan los humores de manera, que parece impedírseles enteramente el movimiento; y otras veces de tal modo se disuelven ó deshacen, que no parece sino que todos ellos se derriten. Mas todas estas cosas son efectos de la causa de la epidemia, la qual los produce segun la varia disposicion que encuentra en los humores, y á veces segun es tambien la naturaleza de ella. La prueba de esto la tenemos en los venenos, entre los quales hay unos que cuajan los humores, y otros los deshacen. El veneno de la vívora es de los primeros, y el rejalgar de los segundos. Y así como quando estos venenos se introducen en el cuerpo humano, producen en los humores coagulacion ó disolucion segun es la naturaleza del veneno; ni mas ni ménos sucede en las epidemias, cu-

ya causa es de tal condicion y naturaleza, que introducida en el cuerpo, ó cuaja los humores, ó los deshace. Yo hago juicio que la causa de las calenturas epidémicas es un veneno de especial naturaleza, que va con el ayre é introducido en los cuerpos humanos causa en los humores putrefaccion, coagulacion ó disolucion del modo que llevo dicho; y el no caer todos en calenturas epidémicas, aunque el vicio esté en el ayre, es porque los cuerpos humanos se diferencian mucho entre sí, y no están todos igualmente dispuestos á recibir el daño, y por eso el veneno que va con el ayre, no obra en todos con iguales fuerzas; como la naturaleza y calidad de este veneno no podemos nosotros alcanzarla con certidumbre, como dicen los filósofos *á priori*, porque no está expuesta á nuestros sentidos es preciso valernos *á posteriori*, es decir: de los efectos que causa, y así averiguamos sus fuerzas.

A la verdad, no tenemos otro arbitrio para conocer la íntima condicion de las epidemias que la observacion; fundamento que sostiene el edificio Médico; por esto Hipócrates es celebrado en sus escritos particularmente sus libros de epidemias, sin embargo que los mas casos que refiere fueron desgraciados; pues

manifiesta en ellos con candor y verdad el efecto adverso, bien de los remedios, bien de la misma naturaleza que fue rendida por causas insuperables, no pudiendo ser socorrida por el arte; de todo lo que se deduce una utilísima instruccion, para comprehender lo grave de las enfermedades y los débiles alcances de los remedios, quando la naturaleza, ó resiste, ó tiene débiles fuerzas; lo que se infiere por los signos que aquel gran Maestro ofrece en sus fieles historias; por esto son tan apreciables, y deben imitarse sus observaciones; pero conducidos de este exemplo han procurado manifestar en las epidemias quanto les ha mostrado su atenta observacion los Médicos mas grandes, como Sydenhan, Ballonio, Boherave y algun otro raro que le imitaron, dexándonos una instruccion sólida y un conocimiento exácto de las epidemias que curaron; no aguardo yo ménos instruccion del talento de los tres Profesores Xerezanos, que por eleccion de este Gobierno, zeloso del bien público, han sido nombrados para que pasando á Cadiz, se impongan y observen con la mayor escrupulosidad la epidemia que á aquellos habitantes infesta, notando su índole, caracteres y el mejor método curativo de ellas, y en el interin que aguardamos con impacien-

cia esta satisfaccion, tenga V. la bondad, Sr. Aplicado, de seguir leyendo mis generalidades, pues á la verdad no puedo contraerme á la epidemia del dia, por no haber curado, ni observado si quiera uno de los pocos forasteros que aquí la han sufrido.

Iba diciendo: si los Médicos posteriores á aquellos hubieran seguido sus pasos ¿quánto se hubiera adelantado este noble arte de la salud? pues es impersuasible que tantos individuos como han seguido y siguen este destino en la sucesion de tantos siglos como han corrido desde aquel Príncipe á esta época, y muchos con aplicacion y talentos capaces de imitarlos, si hubieran seguido por la recta senda de la observacion, no hubieran dexado de adelantar hasta un punto quizás de perfeccion en el dia, de modo que poco nos quedase que desear; pero bien al contrario se observa, pues los mas proceden guiados por discursos sistemáticos, con que tampoco se adelanta, teniendo muchos en ménos sacrificar la vida de los pacientes, que sujetar sus fantasías las mas veces erradas.

En ninguna enfermedad se halla esto mas patente que en las epidémicas, cuyas causas, ó por consistir en la rara, variable y heterogénea alteracion de la atmosfera, ó por ser

producto de un cúmulo de causas generales de los alimentos, varias situaciones y acaecidos de los hombres difieren tanto entre sí, que apenas se hallan dos del todo semejantes, y quando parece analogizan, porque sus síntomas guardan alguna uniformidad y se quieren tratar por un mismo estilo, el siniestro efecto descubre el errado juicio que se hizo: siendo muy frecuente dañar en esta epidemia lo que alivió en la otra, motivo porque Baglivio entre las cosas que echa ménos en la medicina coloca por undécima la historia anual de las epidemias (a) lo que si se observara con puntualidad, adquiriéramos precisamente un exácto conocimiento de su sucesion.

Todas las fiebres malignas epidémicas son muy temibles, y de fatales términos. De estas hay algunas que no encuentran seguridad en la Medicina: porque se ve con claridad, que mueren muchos sin poder atinar el arte á socorrerlos aunque lo procuren por todos modos los mas hábiles de la Medicina.

Se continuará.

(a) Praxis Medica lib. 2. cap. 7.

SIGUE LA LISTA.

DE SEÑORES SUBSCRIPTORES.

Don Pedro Pasos.

Don Jacinto Gutierrez, Presbítero.

El Licenciado Don Ildefonso Marin, Cirujano del Regimiento de España.

Don Manuel Rodriguez, Escribano de este Ilustre Ayuntamiento.

Don Ramon de Torres, Presbítero.

El Conde de Montegil.

El Marques de Campo Real.

Don Antonio Barreda.

Don Lorenzo Giacosa.

Don Esteban Tugaza, Farmacéutico.

El Doctor Don Pedro Prieto.

El Marques de Villamarta.

El Conde Mirasol.

Don Juan Trillo.

Don Vicente Ferrer.

Don Rafael Duque.

Don Joseph Triano.

Don Bernardo Acosta, del Comercio.

Doña Gerónima de Torres.

El Conde de Repara.

Don Lorenzo Bertivi.

Se continuará.